

CUENTO N° 234

TÍTULO: LOS SUCESOS DE MARGOT

SEUDÓNIMO: TONGOLE

AUTORA: EDICTA DELIA APARICIO MORALES

Los sucesos de Margot

Tongole

Érase una vez un pueblo de pescadores, lleno de miseria. Las calles de arena, las casas sucias alineadas con las paredes rotas, las puertas sin ninguna seguridad, invitando al saqueo. La población abstraída en sus problemas primarios: alimentarse, beber, dormir, aumentar su población con sexo rápido y cansado. Jóvenes con piel de viejos, tostada por el sol, llena de manchas y de ampollas. Mujeres con los cabellos aceitosos, de olor desagradable, lavados con un jabón artesanal que hacían de las tripas de los peces. Niños tristes trabajando desde muy pequeños, fumadores, bebedores, batallando en las orillas para llevar algo de comer a sus familias. Vivir allí era como desentenderse de la dinámica normal de la convivencia, siempre cansados, sólo les hacía salir del letargo beber un licor muy amargo que hacían con cocos y mucho alcohol, hasta emborracharse y fumar cigarrillos de hojas raras, que envolvían en el momento.

Las mujeres y los niños se reunían en las tardes frente a las casas, hasta que llegaban los zancudos; ellas inventando historias que las alejaran de esa vida desgraciada y ellos jugando en la calle con lo que encontraban o peleando entre ellos, quizá para drenar lo duro de cada día. Cada mes llegaba una piragua con mercancía diversa abasteciendo al bodeguero, al boticario y en general al pueblo, dando un respiro a la escasez. Cambiaban pescado salado por telas, albatros, almejas, calamares, pulpos, caracoles, por provisiones y artículos necesarios. El piragüero se aprovechaba de esta gente eufórica por su llegada, dejándoles lo peor de lo que tenía menos a la partera con la que tenía romance cada mes cuando recalaba y un hijo que no parecía suyo por lo rubio y por el rechazo mutuo que sentían.

Parecía una isla solitaria en el mar, alumbrada con velas, sedienta de agua dulce, con

una botica llena de hierbas y pocas medicinas, una bodega con ventas artesanales y escaza mercancía; una partera, un sacamuelas pescador que también fungía de médico y curandero y dos maestras mal pagadas que se quedaron porque se enamoraron: Agustina, del sacamuelas y Margot, de Martina, la hija mayor del bodeguero. La escuela era un cobertizo de dos piezas, las maestras se dividían a los niños y llevaron a Puerto Pirata, que así se llamaba el pueblo, su devoción desinteresada y encontraron a su vez, pese al ambiente gris, retos y amores anhelados.

Margot Mata era una joven ansiosa, insegura pero muy preparada académicamente. Luchaba por su preferencia por las mujeres y evitaba cualquier contacto que pudiera delatarla. De clase media, tuvo muchos privilegios en su niñez, tenía vocación de maestra y eso fue lo que estudió contradiciendo a su padre que la quería como colega en su profesión de médico. Hija única sobrevivió a un accidente de autos donde perdieron la vida sus padres, ya era maestra en un colegio de monjas quienes la apoyaron y le dieron un permiso para que pusiera en orden su nueva realidad y sus heridas.

Margot ignoraba que la casa estaba hipotecada, que tenían muchas deudas y que su padre era un ludópata extremo. Los días que atribuía a guardias de emergencias, se iba a los casinos a jugar, a apostar y a perder. Ya no le importaba el resultado, sólo jugar y jugar y sentir ese calor insano y destructivo que le consumía buena parte de las noches que también le pertenecían a sus pacientes, a su familia o a su descanso. Seguían llegando y saliendo los acreedores, se llevaban los muebles, los artefactos eléctricos, los dos autos, las camas, hasta la caminadora de su madre y así la enorme casa se fue quedando desnuda y apareció el eco que retumbaba al menor sonido. A los pocos días llegó la orden de desocupación en segundo aviso, tenía 72 horas para abandonar su

único techo ¡no lo podía creer! tanta admiración por ese hombre distinguido y culto, que escondía sus miserias en exigencias y virtudes que no tenía.

Al día siguiente, temprano, se dirigió al colegio a pedir ayuda, estaba en la calle. La directora le propuso que se fuera a Puerto Pirata, donde requerían de una maestra y era pagada por la comunidad junto con el Estado. Seguidamente le dijo a dónde tenía que acudir y con gran frialdad despidió la entrevista y siguió en sus ocupaciones. ¡Qué despiadada es la suerte con quien está cayendo en un foso! Como pudo, se levantó y fue directamente al lugar sugerido.

La maestra Margot no tuvo que esperar, de inmediato la pasaron a entrevistarse para el cargo de docente en Puerto Pirata, parecía que temieran que se arrepintiera por la prisa en resolverlo todo rápidamente. Firmó el contrato que la acreditaba, le mintieron sobre el pueblo, sobre la escuela, sobre la gente, pero a ella no le importaba esa información, debía cortar con ese difícil presente y comenzar de nuevo a su manera. Se dirigió a la casa perdida y recogió lo mejor de su ropa y otras cosas que consideraba importantes, regó las plantas, limpió todo con esmero, abrió la jaula de los pájaros y los liberó; fue al portón de entrada y dejó escapar al perro, un fiero dóberman al que amaba con ternura. El animal salió feliz sin saber que no habría retorno y que sus próximos días serían de indigencia. Un sentimiento de impotencia se apoderó de esta mujer y lloró como nunca, con odio, con desesperación, como se llora cuando se nos rompe el alma, con desesperanza, sin resignación.

Ya en la zona portuaria de la ciudad, esperaba la piragua que la conduciría al pueblo; había poca gente pero muchas cajas y paquetes para entregar. Tuvo suerte, sólo salía

una vez al mes y le tocó el día, dentro de todo era afortunada, ya no tenía dónde dormir, ni amigos ni familia. Fue una travesía fuerte con mucho movimiento, vientos casi huracanados, la piragua era golpeada por olas violentas, llenas de odio y rencor proyectando las emociones y los sentimientos de la maestra. Pasó la tormenta y desde la embarcación se podía observar Puerto Pirata, un caserío arenoso, desangelado pero con buena parte de la gente esperando en la orilla para abastecerse. Nadie la recibió, caminó un poco bajo la mirada huraña y de asombro de muchos hasta que se decidió a preguntar al boticario, dónde estaba la escuela. El la acompañó al cobertizo y allí la recibió la maestra Agustina, le mostró los pupitres viejos y rotos, el pizarrón rayado y un pequeño escritorio lleno de libros y papeles. Resignada Margot sólo pensaba en su alojamiento pero Agustina se adelantó a sus temores y la invitó a hospedarse en un anexo muy pulcro y agradable que ella había ocupado cuando llegó, ahora vivía con Salomón el sacamuelas pescador.

Era una habitación grande con sala sanitaria, cocina, una cama pequeña, mesa con tres sillas, mosquiteros en las débiles ventanas; unas tablas para colocar la ropa y una bacinilla de loza, por si acaso. Comenzó a desempacar y un frío de miedo la recorrió como si empezara a despertar de la tormentosa experiencia que la llevó hasta allí; las lágrimas salieron a borbotones, se encogió en un rincón y se quedó quieta mucho rato, quiso quedarse dormida harto tiempo o tener el poder de volver al pasado e ignorar todas las mentiras de su padre y de su hipócrita doble vida.

Tenía mucha sed, se levantó como pudo y buscó en la maleta una botella del bar de su padre que eligió al azar. Era ginebra, nunca había probado nada con alcohol, la tenían muy vigilada y todo el tiempo le inculcaron el temor a Dios, los castigos del infierno, la

virtud, el honor. Abrió la botella y la llevó a su boca en un largo trago que la hizo sentir que la hervían en aceite caliente, todo su cuerpo se estremeció, perdió el equilibrio y cayó al suelo y allí le dio un ataque de risa, rió a carcajadas, era otra, era la que nunca fue. Se relajó tanto que se quedó dormida más tranquila y dispuesta a pasar la oscura página del pasado inmediato.

Pasaron los días y Margot se fue adaptando sin remedio, era una maestra amorosa y comprensiva muy fina para ese medio, orientaba a sus alumnos con disciplina sin maltratarlos. El hijo menor del bodeguero, Fabricio, acudía a sus clases y al mediodía lo buscaba Martina, su hermana mayor. Esta chica era una joven regordeta, alegre y traviesa que compartía ratos de lectura con Margot, cuando terminaba sus quehaceres domésticos. Otras veces se iban a la playa y descalzas corrían en competencias, se lanzaban arena o piedritas y reían jubilosas en sus complicidades. El nexos entre estas mujeres se fue acortando y ya el encuentro se hizo una necesidad, el cariño se transformó y el placer y la atracción invadieron sus deseos más íntimos.

Martina fue una niña buena, una adolescente sumisa, una joven dedicada a su familia en la crianza de seis hermanos. Se sentía cómoda en esa situación, no conocía otra, cada noche en sus oraciones daba gracias por la buena vida que le había tocado. La madre la cuidaba de los hombres del pueblo sin disimulo, a veces de manera violenta pero agradecía a la vida que su hija era indiferente a esos ataques románticos de algunos jóvenes pescadores, quienes se esmeraban en llevarle pescados frescos, uvas de playa o algún cachorro recién nacido como mascota.

La relación de la maestra y la joven se hizo imprescindible, por primera vez ambas estaban a gusto con sus sensaciones, se ayudaban mutuamente, se apoyaban, se divertían y hasta se daban a probar los trozos de pescado que cocinaban. Mantenían las apariencias con dificultad porque Martina era muy afectuosa y se dejaba llevar por sus impulsos mientras Margot marcaba distancia para evitar alguna sospecha porque ya había hombres que se sentían despreciados y veían con recelo el exceso de confianza que ambas se prodigaban. Martina pasaba algunas noches con Margot y para evitar suspicacias se llevaba a Fabricio quien era un niño quieto y taciturno.

Una noche tocaron a la puerta y eran unos pescadores borrachos preguntando por Martina, cantando con voces roncadas tonadas inventadas soeces y atrevidas. Las mujeres sacaron a Fabricio por la ventana para que avisara de la situación al bodeguero y ellas presurosas se vistieron y permanecieron abrazadas, aterrorizadas, escuchando los gritos de los borrachos. Fabricio se quedó a medio camino contando sus dedos, los pescadores ebrios se cansaron de vociferar ofensas e insultos y se fueron convencidos de la unión de estas mujeres. Margot entendió esa noche que debían mostrarse ante el pueblo como lo que eran y que tenían que afrontar con determinación los injustos prejuicios de unos cuantos radicales. El fiero doberman lamió su rostro sudoroso y agitado, despertando a Margot del largo e intenso sueño de sucesos vívidos.

Moraleja: Los sueños recogen los temores y los anhelos más íntimos, que se ocultan por vergüenza, cobardía o falta de motivación.